

cristo, humillándose á sí mismo, y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte infame de Cruz (1). Escoje unos padres pobres, para que se le llame el hijo del artesano; al nacer, es reclinado en un pesebre; pasa treinta años ganando el pan con su trabajo; en su vida pública se mantiene de la caridad; sufre que le tiente el demonio; consiente ser escarnecido como insensato, acusado y maldecido por el populacho; y acaba su vida en el patíbulo de los facinerosos. ¡O Dios, tan terrible expiación exigía el pecado! ¡O soberbia, cómo te confundes en sus humillaciones Jesucristo! Por ellas triunfa de la muerte y del pecado, y al expirar esclama: «Todo está consumado.» (2) Y por boca de su apóstol: «¡O muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¿Dónde tu aguijón con que herías á la humanidad?» (3) Por ellas hemos sido libres de la ira de Dios (4); por ellas hemos sido regenerados en la esperanza viva (5); por ellas, y por la obediencia perfecta á la voluntad de Dios, hemos sido santificados, mediante la oblacion hecha una vez del cuerpo de Jesucristo (6).

Roto ya el decreto de condenacion, despues de borrado con la sangre del Redentor (7); puesta su Cruz como un puente que salva el abismo de separacion entre Dios y el hombre, el camino se abre; es ya llano. La humanidad puede dar el segundo paso de su rehabilitacion perfecta, y satisfacer su segunda necesidad; la de volver á hacerse imágen y semejanza de Dios. El peca-

(1) Joann. XIX, 30.

(2) I Corinth. XV, 55.

(3) Rom. V, 9.

(4) I Petr. I, 3.

(5) Ad Hæbr. X, 10.

(6) Colos. 11, 14.

(7) Joann. I, 10.

do, cegando al alma, la dejó en tinieblas respecto de Dios. La luz que ilumina á todos los hombres, la luz del Verbo, que es la vida, estaba en el mundo; pero el mundo no la conocía (1): no conociéndola, no podía valerse de ella, y por ella elevarse al conocimiento y semejanza de Dios. Hé aquí, pues, que el Verbo se hace carne, y comunica esa luz por medio de la fe, esa vida por medio del amor. La fe es la vida de la inteligencia; y creer, es obedecer, es estar sumisos á una razon superior, á una autoridad que enseña. El amor es la vida del corazon; y amar lo que el órden nos conduce á amar, es obedecer, es estar sumisos á una voluntad superior, á una voluntad que manda (2).

Jesucristo es la Verdad: en Él, dice San Pablo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (3); pero viene á reparar las ruinas que causó una curiosidad culpable, un deseo insensato de omnisciencia. ¿Cómo lo hace? Encierra en su seno esos tesoros y aparece como un niño, cuya inteligencia se desarrolla poco á poco, merced á la educacion y á la experiencia. Pocos rasgos de su infancia quiso que consignáran los Evangelistas, pero no permitió que callasen lo que á esto se refiere. El Niño, nos dicen, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (4). A los doce años se queda en el templo, y se le ve entre los doctores, oyendo sus lecciones y haciéndoles preguntas á la manera de un discípulo (5). Más adelante consiente en ser tenido por iliterato en el acto mismo de admirarse su doctrina (6). ¡Qué sacrificio

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiv.*, cap. 35.

(2) Coloss. II, 3.

(3) Luc. II, 52.

(4) Id. II, 46.

(5) Joann. VII, 15.

(6) Joann. VI, 40.

del entendimiento! Él es la base de la fe que viene á enseñarnos, como único medio de volver á Dios, de quien tan lejos y tan ignorante estaba el mundo. El hombre, para conocer á Dios, no puede valerse de sí mismo: de él á Dios hay una distancia infinita. Si Dios no se le acerca y se le comunica, nunca podrá el hombre conocerle: si el hombre no cree á Dios que le habla, sometiéndole su entendimiento por la fe, no se conformará con él, no recobrará la semejanza de Dios. Hé aquí la gran lección que nos da Jesucristo en su vida privada.

Consideradle en su vida pública. No es un filósofo que raciocina en esfera superior y presenta ideas abstractas envueltas en oscuras frases. Es la Verdad misma, que habla á los hombres. ¡Qué sencillez en sus discursos! «Creed, y sereis salvos (1): clamad á Dios, y os oirá: pedid y recibireis (2): si creéis, obrad segun la fe: si creéis, todo os es posible (3). La vida eterna, es decir, la vida del alma, consiste en conocer á Dios y á su Hijo, á quien ha enviado (4). Os bendigo, Padre mio, porque escondisteis estas cosas á los sábios orgullosos, y las habeis revelado á los humildes y pequeños (5). Tal es su lógica: tan sencilla su palabra. Así enseña al hombre á conformar su razon con la razon suprema. Ved cómo su ejemplo y su doctrina tienden tambien á conformar la voluntad del hombre con la voluntad de Dios. Su alimento es hacer la voluntad del Padre (6): no ha venido, dice, para hacer otra cosa (7). No busca su gloria, sino

- (1) Matth. VII, 7.
- (2) Marc. IX, 22.
- (3) Joann. XVII, 3.
- (4) Luc. X, 21.
- (5) Joann. IV, 34.
- (6) Id. VI, 38.
- (7) Id. VIII, 50.

la de Aquel que le ha enviado (1). Por ello su vida es toda de sacrificio; pasa derramando bienes (2); instruye al pueblo; bendice á los niños; socorre á los pobres; consuela á todos; por todos muere; y cuando todo lo ha hecho y el mundo lo admira, se contenta con decir: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (3): haced esto, y vivireis (4): aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y tendreis paz (5): sed perfectos como el Padre celestial (6): obrad la misericordia (7): hablad la verdad (8): sed sencillos (9): amad á Dios sobre todas las cosas (10): amaos unos á otros como yo os he amado (11).»

¡Cuán sublime es esta doctrina! Antes de Jesucristo no se oyó en la tierra. No es la sutileza del filósofo; es la palabra de Dios; es la voluntad de Dios; es la verdad y la justicia. Porque Jesucristo, Señores, es la justicia. San Pablo nos lo dice (12): se hace para nosotros justicia, presentándonos y enseñándonos esa verdad como regla de nuestras relaciones. La razon eterna de estas relaciones entre todos los seres, es la inteligencia, es la sabiduría de Dios; y Jesucristo es esa inteligencia, esa sabiduría encarnada. No solo nos manifiesta esta razon eterna, sino que sobre ella formula y promulga la ley: más aún, es el primero en cumplirla. Como hombre, es la perfección de

- (1) Act. X, 38.
- (2) Joann. X, 1.
- (3) Luc. X, 28.
- (4) Matth. XI, 30.
- (5) Matth. V, 48.
- (6) Luc. VI, 36.
- (7) Matth. V, 37.
- (8) Id. X, 16.
- (9) Id. XXII, 37.
- (10) Joann. XV, 12.
- (11) 1 ad Corinth. I, 30.
- (12) Id. ibid.

las relaciones del hombre con Dios; es la perfeccion de las relaciones del hombre con el hombre; es el maestro que debemos escuchar; es la regla y el modelo que debemos seguir é imitar.

¡Cuán distinto principió á ser el individuo, y la familia, y la sociedad, con la comunicacion de Jesucristo, verdad eterna, amor eterno! ¡Qué influencia tan mágica tuvo la sencillez, la humildad y la caridad de Jesucristo sobre el mundo! Los pueblos instruidos en esta caridad y en todas las riquezas de la plenitud de inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo (1), y convencidos de los caracteres de la verdad, se agruparon en torno de la Cruz, en donde se consumó su enseñanza sublime, y creyeron el amor y la caridad de Dios (2), diciendo con San Pablo: «Sin duda es grande á todas luces este misterio de amor, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, recibido en gloria (3). Véamoslo, considerando por fin á Jesucristo como lazo de union, y consumando las relaciones de Dios con la humanidad.

SEGUNDA PARTE.

El término á que aspira la humanidad es la felicidad; y la felicidad es el orden, la armonía perfecta de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; es la santidad. Hay, pues, una felicidad individual y

(1) Colos. II, 2.

(2) I Joann. IV, 16.

(3) I ad Timoth. III, 6.

otra social; una temporal y otra eterna: ó más bien, la felicidad tiene fases distintas, segun consideremos al hombre en sus diversos estados, en sus diferentes relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. El principio, sin embargo, siempre es el mismo: el orden, la paz, la armonía que produce un bien, y es la posesion del bien. El hombre no conocia el bien; ni en el individuo ni en la sociedad habia armonía, porque no la habia entre el hombre y Dios. La felicidad verdadera, estable y general, era imposible; los filósofos la buscaban por distintos caminos; pero no saliendo del hombre y de la tierra, no podian encontrarla. El punto en que la colocaban, sobre inasequible, la hacia limitada á los sábios, á los poderosos, á los guerreros. Para el pobre, para el menos ilustrado, no la habia: condenados á la esclavitud y á la miseria, ni se les abria un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrir uno y otra. Para ello se constituye lazo de union entre Dios y el hombre. une ambos extremos, y dando á Dios la adoracion del hombre, da al hombre la felicidad de Dios.

El Señor habia dicho que en uno serían bendecidas todas las generaciones (1). Preparando esta bendicion, dijo por un profeta: «Yo haré una nueva alianza con la casa de Jacob, é imprimiré mi pacto en sus entrañas, y lo escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios; ellos serán mi pueblo (2).» Fijando más el pensamiento del hombre, le descubre el medio y le dice: «Una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo, y se llamará Emmanuel; esto es, Dios con nosotros (3).» Al contemplarlo en lontananza, exclama Isaías: «Un Niño nos ha nacido; se

(1) Gen. XII, 3.

(2) Jerem. XXXI, 31, 33.

(3) Isai. VII, 14.

nos ha dado un Hijo; lleva sobre sus hombros el principado; se llama el Admirable, el Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz (1).» Cuando llegan los días, nace ese Niño. San Juan nos dice de él: «El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros (2).» Emmanuel, Dios, se une á nosotros, se hace carne, habita con nosotros; y él es el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, es decir, el Autor de la felicidad. Ved á Jesucristo: ved lo que de él nos dice la revelacion; comparadlo con lo que nos dice su historia.

La felicidad se funda en el conocimiento del bien; consiste en la posesion del bien; se alcanza buscando el bien conocido para unirse á él. El Bien supremo es Dios; se le conoce por medio de la luz que él comunica, y de la verdad que él enseña; se le alcanza por los medios que él señala; se le posee viviendo en sociedad con él. Hé ahí el término á que Jesucristo conduce á la humanidad. Escuchadle: «Ha venido al mundo para reunir y enlazar á los hijos de Dios que estaban dispersos (3);» para dar unidad á los hombres. ¿Qué unidad? Una unidad semejante á la de Dios; es decir, una sociedad perfecta como la de las divinas Personas; como la del Verbo con la naturaleza humana en Jesucristo. Esa sociedad y union indisoluble consiste en la entera conformidad de pensamientos del hombre-Dios, de sus deseos y de su voluntad, con la voluntad, deseos y pensamientos de su Padre. Esa sociedad y unidad pide para los hombres: «Te ruego, Padre mio, que sean una misma cosa como nosotros (4):» y esa sociedad la quiere entre Dios y el hombre, entre el hombre y sus semejantes. Entre Dios y

- (1) Id. IX, 6.
 (2) Joann. I, 14.
 (3) Joann. XI, 52.
 (4) Id. XVII, 9, 14.

el hombre, para que introduzca en sus entrañas esa fuente de vida y de felicidad, que salta hasta la vida eterna, y que nace de la union con Dios (1). Entre el hombre y el hombre, modelada sobre la primera, haciendo que se miren todos como una misma cosa (2); como hermanos, hijos de un mismo padre (3); como miembros de un mismo cuerpo (4); que, si bien distintos en su posicion y en su oficio, están animados de un mismo principio de vitalidad, que los hace concurrir á un solo fin. Sociedad, como la de Dios, una; como la de Dios, indisoluble; como la de Dios, santa. Sociedad doble, que conduce á la doble felicidad de que antes os he hablado: la individual y la social, la temporal y la eterna.

La sociedad del hombre con Dios la funda en la fe, que hace conocer el Bien sumo; la mantiene con la esperanza de su posesion; la perfecciona con el amor, que conduce á él; la consume con el sacrificio de la inteligencia, en las aras de la fe; del corazon, en las aras del amor; de todo el hombre, es decir, del egoismo y de las pasiones, en las aras del deber; en la Cruz. Y en el sacrificio funda la felicidad; por ello dice, hablando de sí mismo, como representante de la humanidad: «Fué preciso que el Cristo padeciese para entrar en su gloria (5);» y por ello dice á todos: «El que quiera seguirme, renúnciese á sí mismo, tome la Cruz, y venga en pos de mí (6).» ¿A dónde? Al sacrificio. Escuchad á San Pablo: «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcais vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa.

- (1) Id. IV, 14; id. VII, 38.
 (2) Id. XVII, 21; ad Ephes. IV, 3.
 (3) Matth. V, 45; id. XXXIII, 9.
 (4) Ad Rom. XII, 5; I ad Corinth. XII, 12, 27.
 (5) Luc. XXIV, 26.
 (6) Matth. XVI, 24.

agradable á Dios, obsequio racional: y no os conforméis con este siglo, sino reformaos en novedad de espíritu, para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (1).»

Esa sujecion de la razon del hombre á la razon eterna é infalible; esa sujecion de la voluntad y del corazon á la voluntad y la ordenacion suprema, constituyen la sociedad del hombre con Dios. ¿Os parece difícil, hermanos míos? Escuchad á Jesucristo: «Creed, y todo es fácil (2); porque unidos á Dios por la fe, os haceis con él un mismo espíritu (3). Amad á Dios, y viviendo de su gracia, sereis participantes de la divina naturaleza (4). Amadme, y vendremos á vosotros, y haremos morada en vuestro corazon (5). Comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y yo viviré en vosotros, y vosotros en mí, porque el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (6).» Emmanuel, el Fuerte, el Príncipe de la paz vive en el hombre que cree en él, que le ama, que de él se alimenta; le comunica su poder y su vida; establece una sociedad divina entre Dios y el hombre. Hé aquí, hermanos, la doctrina de la felicidad que nos da Jesucristo. ¡Cuán sencilla, cuán fácil, cuán universal! Se reduce al sacrificio, como medio de lograrla; á la union con Dios, como término de ella; union principiada en el tiempo y consumada en la eternidad, donde se perfeccionará nuestra sociedad con Dios, segun la promesa de Jesucristo: «El que me sigue, estará donde yo estoy (7).» Esta felicidad es para todos, para todas las

(1) Ad Rom. XII, 1, 2.

(2) Marc. IX, 22.

(3) I ad Corinth. VI, 17.

(4) II Petr. I, 4.

(5) Joann. XIV, 23.

(6) Id. VI, 57.

(7) Id. XII, 26; id. XVII, 24.

generaciones. Antes se llamaba desgraciado el pobre, el que padecia, el que lloraba: Jesucristo da á estos el nombre de bienaventurados (1). Aún más, los sobrepone á los dichosos en el concepto del mundo; porque en la muerte del egoismo, que lleva consigo el padecimiento físico y moral, sufrido con espíritu de sacrificio, está la semilla de la verdadera felicidad, que consiste en la paz del corazon, en la esperanza, y despues en la posesion de un bien eterno. Y no hay otra felicidad posible y perfecta para el hombre, que la que ofrece Jesucristo; la nacida de la union con Dios. En esto consistia la del primer hombre en su inocencia; en esto debe consistir la del hombre regenerado. Porque el hombre es criatura de Dios: está en armonía y en paz con el Criador, ó en guerra y desunion. Si lo segundo, es necesariamente desgraciado, porque Dios le retira su gracia, su luz y su amor; queda entregado á sus pasiones, y sus pasiones le tiranizan. Se fatiga en vano buscando la plenitud del bien, que no encuentra; y consume sus fuerzas y su vida en seguimiento de un fantasma que se le escapa, y se desvanece en la muerte. Si el hombre está en paz y union con Dios, es feliz. Dios se complace en él; se lo da todo; habita en él. La paz le acompaña en medio de la tribulacion, goza en medio del padecimiento, y en la muerte Dios será su premio (2). Ved cómo Jesucristo conduce al hombre á su término, á la felicidad.

Pero el hombre vive en sociedad con los demás hombres, y bajo este concepto aspira á otra felicidad. Jesucristo le enseña tambien á encontrarla. Para ello armoniza, modela, por decirlo así, la sociedad de los hombres, enseñando y haciendo todo lo que corresponde al hom-

(1) Matth. V, 3, 5

(2) Gen. XV, 1.

bre en sus relaciones sociales. El sacrificio es también la base de esta felicidad. «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (1): os doy un precepto nuevo, que os améis mutuamente: amaos como yo os he amado (2): amándoos, he sacrificado mi grandeza, humillándome y haciéndome pobre (3): amándoos he sacrificado mi gloria, abrazando las ignominias (4): amándoos he sacrificado mi vida en un patíbulo (5): amándoos he sacrificado mi cuerpo, que os doy en alimento (6): porque, sabedlo; la prueba del amor está en sacrificarse, en dar la vida por el amigo (7).» Hé aquí, Señores, la ley del sacrificio en la sociedad: en ella y solo en ella está la felicidad. Los que á voz en grito proclaman los derechos del hombre, cubriendo con un velo sus deberes; los que le enseñan que es dueño de sí mismo y aun de los demás, que es soberano, tienden á santificar el egoísmo, y engendran la desunion, la discordia y las revoluciones. Entronizan el derecho del más rico, del más osado, del más fuerte; rompen los lazos sociales; destruyen la armonía; conducen á la sociedad hácia la anarquía y la muerte. Jesucristo obra de otra manera. Enseña la caridad, que siendo sacrificio, es lazo que uniforma y estrecha las partes del todo social. Por la caridad, por el sacrificio el rico se acerca al pobre, comunicándole sus bienes; el sábio se baja á la esfera del ignorante, para darle su ciencia; el fuerte es apoyo del débil, y todos mutuamente se dan el corazón. Por el sacrificio de la caridad,

(1) Joann. XIII, 15.

(2) Id. id., 34.

(3) Psalm. LXXXVII, 16; II ad Corinth. VIII, 9.

(4) Psalm. XXI, 7; ad Hæbr. XII, 2; Isai. LIII, 4; ad Gal. III, 13.

(5) Joann. X, 14, 15; I Joann. III, 16.

(6) Matth. XVI, 26.

(7) Joann. XV, 13.

el que manda se emplea todo en el bien del que obedece; el súbdito, que recibe protección, devuelve obediencia sumisa; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando su inteligencia, su poder, sus bienes, su orgullo y su vida por el bien de los demás, realizan el bello ideal de la perfección, de la felicidad social. El que no se siente dominado por este principio, vive y crece en la sociedad, pero todo para sí, nada para los demás: más todavía, no dando nada, lo quiere todo y ambiciona coronarse con los despojos de sus hermanos.

Tal es, amados míos, la sencilla y sublime ley del Evangelio: tal es la fecunda semilla de felicidad sembrada por Jesucristo en el campo de la sociedad. El pueblo que la ha cultivado, se ha engrandecido; el que la ha sofocado, se ha destruido á sí mismo. La historia lo dice; consultadla, y lo vereis: yo no puedo ni debo alargarme más. Los discursos siguientes nos darán lugar á desnudar el buen grano de la semilla evangélica. En ellos examinaremos en detalle la grande obra de Jesucristo, y la veremos principiada por la fe, fundada en la esperanza, elevada por el amor divino, sostenida por la humildad, difundida por la caridad fraterna, y llevando al hombre á donde el génio del mal prometió y no supo llevarle. La fuente de todo, el instrumento de todo está en el Evangelio, palabra de Cristo, y en la Eucaristía, cuerpo de Cristo, el mismo Cristo, Emmanuel, Dios con nosotros. Llamados en estos días por la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas á la adoración de ese Divino Sacramento, debemos estudiar sus armonías, sus grandezas, su inefable fecundidad. Memorial eterno de las divinas bondades, perpetúa entre nosotros á Jesucristo, para consumación de su grande obra de la restauración de todas las cosas en el cielo y en la tierra, para que seamos dignos de la plenitud de Dios. No le opongamos resisten-

cia: abramos nuestro entendimiento á su palabra, y nuestro corazon á su amor, y conoceremos como San Pedro, que tiene palabras de vida eterna (1), y que su amor pasa derramando bienes (2).

Concededme, Dios mio, que yo sepa hablar vuestra palabra y difundir los tesoros de vuestra caridad, para que se os sometan por la fe los entendimientos de cuantos me escuchen, y se os entreguen por amor los corazones de todos. Con ello, Señor, se llenarán los deseos que os dignais inspirarme, y se logrará el único fin que me propongo en mi predicacion. Sereis vos glorificado, santificados mis hermanos; y felices con ello en la tierra, lo serán despues en la eternidad del cielo.

(1) Joann. VI, 69.

(2) Act. X, 38.

SEGUNDO SERMON.

La fe: su necesidad y su nobleza. La Encaristia, misterio de fe que perpetúa la Encarnacion: exige y robustece aquella virtud,

*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus,
usque ad consummationem sæculi.*
(Math. XXVIII, 20.)

JESUCRISTO, Señores, no es de un dia, ni de un siglo: es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Esta sublime frase del Apóstol nos le presenta como compañero inseparable de la humanidad, á quien sirve de guia en todo tiempo para llegar á su término. Siempre es la luz verdadera que ilumina á cuantos vienen á este mundo (2); siempre es camino, verdad y vida para el género humano (3). A ninguno de los tiempos faltó Cristo, dice San Bernardo (4); á ninguno faltó Jesus. A los Patriarcas y Profetas se manifestó en vision, él mismo lo dice: «Abraham vió mi dia y se regocijó (5);» á los Apóstoles

(1) Ad Hæbr. XIII, 8.

(2) Joann. I, 9.

(3) Id. XIV, 6.

(4) Nulli horum (dierum) deest Christus, nulli deest Jesus, nulli deest unctio, nulli salus. Patriarchis et Prophetis in visione exhibitus est, Apostolis in humanitate, Angelis jam in specie. (S. Bern., serm. in festo S. Martini Episc.)

(5) Joann. VIII, 56.